

Universidad Literaria de Salamanca

**Solemne apertura del curso celebrada en la
Universidad Literaria de Salamanca, el día 1º de
Octubre de 1853 bajo la presidencia del Señor
Rector de la misma Dr. D. Tomas Belestá.**

Salamanca : Imprenta de D. Bernardo Martín, 1853.

Vol. encuadernado con 9 obras

Signatura: FEV-AV-M-01388 (05)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

SOLEMNE APERTURA DE CURSO

CELEBRADA EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE SALAMANCA,

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1853,

BAJO LA PRESIDENCIA

DEL

Señor Rector de la misma,

Dr. D. TOMAS BELESTÁ,



SALAMANCA:

Imprenta de D. Bernardo Martin,

Impresor de la Universidad, calle de Vera-cruz, n.º 11.

AÑO DE 1853.

SOLEMNE APERTURA DE CURSO

CELEBRADA EN LA

UNIVERSIDAD LIBERARIA

DE SALAMANCA,

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1837.

BAJO LA PRESIDENCIA

DEL

Señor Doctor de la misma

DR. D. TOMAS BELLESTA.



SALAMANCA:

Imprenta de D. Bernardo Martín,
Impresor de la Universidad, calle de Vera-cruz, n.º 11.
Año de 1837.



ORACION INAUGURAL,

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ESCOLAR DE 1855 Á 1854

PRONUNCIÓ EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE SALAMANCA

EL SEÑOR CONDE DE FRANCOS,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,

**Catedrático de la asignatura de Autores
clásicos latinos y castellanos.**



ORACION INAGURAL
QUE
EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ESCOLAR DE 1852 A 1853
PROFUZIO EN LA
UNIVERSIDAD LIBERARIA
DE SALAMANCA
EL SEÑOR CONDE DE FAYOS,
DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,
Catedrático de la asignatura de Autores
clásicos latinos y castellanos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Mi voz desautorizada no debiera hacerse oír en este sitio el día en que todas las Universidades del Reino hacen alarde de sus mejores ingenios. Ni la debilidad de mis talentos, ni la insuficiencia de mis estudios podían aconsejarme que aceptase el encargo de dirigir la palabra, ante un concurso tan vario y tan numeroso, á una corporación á la vez científica y literaria, que había de advertir en mi trabajo gran falta de mérito en el fondo y no menos escasez de belleza en la forma. Tarea es propia solo de un profesor dotado de sabiduría y de elocuencia el hablar dignamente á una escuela tan ilustre por sus antecedentes, célebre entre las que mas lo fueron, y á la que considero como llamada á reconquistar

sus antiguos laureles en un siglo de tanta agitacion literaria. Y nada hubiera podido disculpar mi ligereza ó mi osadía si hubiera tenido mi voluntad la menor parte en este compromiso: mas al paso que la ley, que rige esta clase de establecimientos, no suministra al profesor elegido género alguno de excusa, el digno gefe de esta escuela, en su tan favorable como inmerecida opinion acerca del que os dignais escuchar, ha interpretado quizá como un sentimiento de modestia lo que no era sino una ingénua indicacion de los motivos, que, aun mas ahora que en otra ocasion, me impedian desempeñar, cual cumple al decoro de esta insigne academia, un encargo tan importante. En tales circunstancias no dudo esperar de la consideracion de V. S. I. y de la bondad de tan brillante auditorio, toda la indulgencia que estoy en el caso de reclamar, al proponerme dirigir á los alumnos de esta escuela algunas consideraciones sobre el admirable poder de la elocuencia, reseñando algunos de sus mas insignes triunfos.

No es mi ánimo espaciarme por los inmensos campos de la historia antigua y moderna; basta á mi propósito escoger algunos ejemplos de la antigüedad clásica, materia de mi peculiar destino en este cuerpo literario: y aunque mi estilo no se eleve á la altura propia del asunto, no será del todo infructuosa mi tarea, si, evi-

tando vuestra censura y no incurriendo en el desagrado de tan respetable auditorio, logro inspirar en la juventud que me escucha, alguna afición al estudio y á la práctica del arte literario.

La elocuencia es un don del cielo que se perfecciona con el arte. Al nacer traemos en gérmen las facultades que constituyen el talento oratorio, las cuales se desarrollan luego con la edad, la educación, el estudio y el ejercicio. Pero esas facultades las reparte el cielo con mano algun tanto avara, concediendo alguna á los mas y todas á muy pocos individuos. Por eso es breve el catálogo de los buenos oradores que ocupan un lugar distinguido en las páginas de la historia. Nacemos elocuentes como nacemos poetas ó artistas: solo la naturaleza puede conceder aquella sensibilidad viva y enérgica, aquella imaginación lozana y pintoresca, y aquella inteligencia penetrante y vigorosa, que tan indispensables son para convencer y persuadir. Mas así éstas como las demás dotes, físicas é intelectuales, que constituyen el talento del orador, abandonadas á sí mismas, no dirigidas por una educación sabia y por la experiencia del arte, no pueden llegar al grado de elevación que forma la verdadera elocuencia. Así, los mas grandes oradores, Demóstenes y Ciceron, debieron al estudio y al arte tanto

como á sus felices disposiciones; y aun Quintiliano, el mejor maestro de elocuencia de todos los tiempos, da mas importancia, en un orador consumado, al influjo del arte que al de la naturaleza.

Este don privilegiado ha obtenido siempre el mas distinguido aprecio. Leemos con gusto una obra bien escrita; oímos con embeleso á una persona que se expresa con primor; y si se nos presenta la ocasion de oír á un orador iusigne, nos apresuramos á ocupar el sitio desde donde mejor podamos escucharle. Todos damos importancia á la elocuencia aun en las ocasiones en que se limita al menos significativo de sus diversos fines, al de agradar. Ni nos es posible sustraernos á los efectos de su mágica influencia; porque esta reina de las cosas, como la llamó Quintiliano adoptando la frase de un célebre trágico griego, es la excelencia de las mas nobles facultades del hombre, que escitan nuestra admiracion é influyen en el ánimo inspirándole los sentimientos que el orador quiere, y moviéndole á obrar como le place. Un hombre elocuente dispone á su arbitrio de cuantos le escuchan; porque cautiva su atencion, atrae su benevolencia, subyuga el entendimiento y halagando la imaginacion é imprimiendo en el corazon el sentimiento vivo y profundo de que se halla poseido, impulsa y determina la voluntad hácia el partido que le propone. Por eso

Plutarco llamaba á la elocuencia el arte de dirigir los espíritus; y por lo mismo ha dicho Labruyere: *la elocuencia es un don del alma, por medio del cual nos hacemos dueños del corazón y del espíritu de los demás.*

Puede ostentarse la elocuencia en los libros, en los discursos, en las cartas, en la conversacion y hasta en los dichos sentenciosos. Los hombres de génio emplean en ocasiones críticas rasgos sublimes, cuya elocuencia es á veces de mas efecto que el que produciría un discurso entero. Acusado el gran Escipion por los tribunos del pueblo, solo dice para su defensa en la asamblea: *Romanos, hace veinte años que en tal dia como éste vení yo á Anibal y sometí á Cartago: vamos al Capitolio á dar gracias á los Dioses.* El pueblo prorumpió en una salva de aplausos, y preescindiendo de la acusacion, le siguió al templo. Extendemos aun mas la idea de la elocuencia aplicándola á las obras de las bellas artes, á los hechos, á las actitudes y hasta al silencio mismo. Elocuentes son los poemas de Homero y de Virgilio, los cuadros de Rafael y de Murillo, las inspiraciones musicales de Bellini y de nuestro Doyagüe. Y ¿cuán elocuente no seria la actitud del romano Escévola, abrasando su mano derecha en presencia del rey de Etruria para castigarla por haber equivocado el premeditado golpe? ¿Y seria menos elocuente que el mismo Ciceron el reli-

gioso silencio con que el senado de Roma escuchó la fulminante invectiva que el Cónsul improvisó contra el osado y temible Catilina? Pero la elocuencia que mas nos admira, la que nos sobrecoge y arrebatá, aquella cuyos efectos son mas permanentes y mas prodigiosos, y en la que en adelante fijaremos nuestra atención, es la elocuencia de las arengas y discursos cuando tiene por norte la persuasión, y principalmente la elocuencia de la tribuna, la del foro y la del púlpito. Esta es la elocuencia cuyos triunfos se presentan siempre á nuestro espíritu con mas encanto y seducción, la que ejerce sobre los hombres la autoridad mas grande y mas gloriosa, aquella cuya misión es mas noble y mas augusta: porque á ella toca dirigir las publicas deliberaciones en que se forman las leyes, en que se proclaman los altos principios que sirven de sostén y base á las sociedades humanas, en que se decide de la suerte de las naciones y de la prosperidad de los imperios. A ella toca ilustrar las cuestiones litigiosas, ayudando á la justicia humana, sin la cual el mundo perecería, á ser recta en sus decisiones, proteger y salvar la inocencia, contener y hacer que se castigue la osadia del malvado eriminal que no respeta las leyes. A ella por fin toca elevar los hombres hácia Dios, iluminar los espíritus con las verdades de la fé, y encender los corazones en el fuego sacro de la ca-

ridad, que conduce á la práctica de todos los deberes religiosos y morales.

Para alcanzar tan nobles y tan altos fines, no basta el talento del escritor. Con un entendimiento claro, una espresion fácil y una instrucción no comun, se puede aspirar ciertamente á instruir y aun á convencer; una imaginacion fecunda y pintoresca logrará tambien agradar; pero los prodigios de la persuasion, aquellos movimientos apasionados que arrebatan nuestra alma y disponen de nuestra voluntad, no son posibles sin la elocuencia del orador; de ese hombre que todo lo sabe y que todo lo dice bien; que enseña, que convence, que agrada, que conmueve, que persuade y arrebatá; de ese hombre que animado de los mas nobles y mas grandes sentimientos, del amor de la patria, del amor de la justicia, del ardor de la caridad, á todas horas se halla dispuesto á salvar el pais, á hacer triunfar la inocencia, á inspirar y sostener las heróicas virtudes del cristianismo; de ese hombre en fin que sin otras armas que la eficacia de su elocuente voz, sosiega las conmociones populares, decide de la suerte de las naciones en los altos consejos del Estado, ilustra la conciencia severa de los jueces, y desarraiga de nuestro corazon el incentivo de todo impuro deleite. Y ¿qué profesion mas honrosa, mas grande y mas excelsa que la del orador? ¿qué prerogativa mas admirable que

:

la de alcanzar un hombre solo, con las palabras que todos podemos emplear, con los pensamientos que todos comprendemos, y con los mismos afectos que animan nuestro pecho, esos triunfos brillantes que á los demás no nos es dado conseguir? Y ¿qué poder mas benéfico y mas glorioso que el de salvar de los grandes peligros, librar de las asechanzas del crimen y arrancar de las garras del mal, al desvalido huérfano, á la oprimida viuda, á nuestros parientes y amigos, á nuestra querida patria?

Y no obstante esto, filósofos tan eminentes como el divino Platon han arrojado sobre los oradores un terrible anatema!... Pero no ofendamos al génio de las altas especulaciones metafísicas; que él mismo, si ha merecido de la posteridad el dictado de divino, lo debe á la poética elocuencia que derramó en sus brillantes y sublimes diálogos. Los oradores anatematizados en el Gorgias eran los retóricos sofistas, hombres de artificio y sin creencias, que haciendo consistir la elocuencia en el arte de realzar lo mezquino, se preciaban de poder sostener en sus improvisaciones el pró ó el contra de cualesquiera cuestiones: arte admirable sin duda, pero que desnaturizaba el noble destino de las facultades oratorias. No era la elocuencia de Pericles y de Demósthènes, ni la de Ciceron, ni la de los padres de la iglesia la censurada por el eminente expositor de las doctrinas socráticas.

Era la elocuencia perniciosa, sostenida por el génio del mal, la que trafica con la palabra, la que aspira al triunfo sin considerar la moralidad de la empresa.

La historia nos presenta oradores frívolos y oradores viles; los primeros malgastando su talento en asuntos de escaso interés, y éstos sirviendo bajamente á intereses bastardos, á los rencores de los partidos, á la instigación de aviesas pasiones. Despreciemos á los unos y exorcemos á los otros: la primera ley á que el hombre está sometido, y á la que están subordinadas las demás leyes naturales, es la ley moral. A ella debe el hombre obedecer en todo lo que de su libertad penda; y el que se halle favorecido con un talento oratorio como el que se ha descrito es altamente responsable ante Dios y ante el mundo, si no emplea sus dotes privilegiadas en el servicio exclusivo del santo deber.

Nunca el hombre se distingue mas que cuando hace un uso, aunque sea inmoderado, de sus grandes facultades. Por eso la tradicion nos trasmite con igual fidelidad que los hechos ilustres, las hazañas de los malvados. Pero ¿qué diferente impresion nos causan, y á qué distinto cúmulo de reflexiones nos conducen las arengas de un L. S. Catilina excitando á sus parciales, y las del severo Caton procurando salvar el órden público y las instituciones del peligro que las amenazaba? Cubramos con el

velo del silencio la iniquidad de los que abusan del precioso don de la palabra, haciendo solo una rápida reseña de los triunfos que honraron en la antigüedad á los buenos patricios y admirables filósofos.

Hija de la imaginacion y el sentimiento excitados por las grandes pasiones, es la elocuencia tan antigüa como el mundo; y aun antes de la aparicion del hombre sobre la haz de la tierra, ¿qué cosa mas elocuente que la palabra de Dios sacando los seres de la nada? ¿ni quién es capaz de comprender la eficacia de esta palabra divina, cuando al decir; *que la luz sea*, apareció la luz? Dentro de los límites de la vida humana la elocuencia es anterior al establecimiento de toda sociedad. Un hombre aislado, en los trasportes de dolor ó de alegría, al sufrir ó al satisfacer alguna de sus ardientes necesidades, ha debido prorumpir en expresiones de fuego, teniendo momentos de sublime elocuencia. Reunidos los hombres en sociedad, faltos de leyes y de gobierno, ¿qué recurso les quedaba para uniformar sus voluntades en la prosecucion del bien comun, mas que el de la persuasion ejercida por medio de la palabra? Y ¿quién fué el primero que dotado de esta prerogativa excelsa hizo penetrar en el corazon de los que le escuchaban, los sentimientos que dominaban en el suyo? Los siglos se sucedieron sin dejar con-

signado en la historia un monumento siquiera de cuantos debieron preceder al establecimiento de las repúblicas de la Grecia. La pequeñez de estos rivales Estados, su forma de gobierno, el estado de su civilización, el poderoso génio y acendrado gusto de sus habitantes, y otras varias circunstancias, dieron lugar al ejercicio de la oratoria, al perfeccionamiento del arte y á los mas notables prodigios de la elocuencia. Ella fué en estos países el principal medio de gobierno, constituyendo los oradores, singularmente en Atenas, un verdadero poder político. Solon, poeta, filósofo y legislador, formó con el auxilio de una elocuencia grave y severa, vehemente y varonil, la educación civil, política y social de los Atenienses. Pisistrato, que trastornó su plan de gobierno, se valió diestramente de la palabra, para alzarse con el mando, que ejerció luego con moderación. Temístocles, Aristides y el entendido cuanto liberal Cimon, hijo de Milciades, fueron insignes oradores. Atenas admiró al propio tiempo que á éstos un prodigio de elocuencia en el gran Pericles, que dió nombre á su siglo, el mas brillante de la Grecia. Prevalido de la persuasiva eficacia de su palabra, y al mismo tiempo gran político, subió al poder, logrando ejercerlo casi como un monarca por espacio de cuarenta años en aquella turbulenta capital. La diosa de la persuasión, decían los antiguos, se aposentaba en sus

labios; semejante á Júpiter, tronaba y lanzaba rayos cuando hablaba. A fuerza de elocuencia fué como hizo desterrar á sus ilustres rivales, Cimon y Tucydides: Cuando pronunció el elogio fúnebre de los guerreros muertos durante la guerra de Samos, las madres y las viudas, llorando ante los restos mortales de sus maridos y de sus hijos, se levantaron, corrieron trasportadas á abrazarle y le acompañaron á su casa cantando y coronándole de flores.

El alto poderio de Atenas llegó á su colmo durante el gobierno de este admirable génio, excitando los zelos de la rival Esparta, que logró encender contra aquella el odio de los aliados y la desastrosa guerra del Peloponeso. Desde esta época hasta el imperio de Alejandro, en un periodo que no duró mas de cien años, ¿quién es capaz de reseñar los innumerables triunfos obtenidos por la elocuencia? Ciudadanos eminentes que sin ser oradores de profesion se aleccionaron en la instructiva escuela de los negocios y de los debates; afamados retóricos que enseñando el arte, recién creado, ganaron caudal y estima; oradores ilustres que en la tribuna y el foro sostenian el vigor de las leyes, la integridad de las instituciones y la independendencia del país: Cleon, Alcibiades, Cricias y Terámenes; Gorgias Leontino, Lisias, Isócrates é Iseo; Hipérides, Demósthene, Esquines y Licurgo, elevaron

la gloria de la elocuencia griega á la altura que habia alcanzado la de las armas. Imposible es describir en breves instantes la serie de prodigios que estos ilustres gé-nios hicieron admirar á los cultos griegos; mas ¿cómo no mencionar alguno del gran Demóstheneſ?

Este nombre nos trae á la memoria uno de los espectáculos mas sublimes que la historia ofrece á la admiracion de los siglos; la lucha de un génio amante de su gloria y de la libertad é independéncia de su patria contra la fortuna del poderoso Filipo, rey de Macedonia, y contra el envilecimiento de su siglo. Demóstheneſ combatió solo y con solo el poder de su elocuencia, contra la seduccion, el prestigio y las victoriosas fuerzas del macedonio; y no pudiendo salvar de la invasion injusta á su querida patria, perdió la vida para no ser víctima de la tiranía de Antipatro. Atenas levantó á tan ilustre patricio una estátua de bronce, en la que se leia: *Si la fuerza de tu brazo, ó Demóstheneſ, hubiera igualado á tu génio, nunca el guerrero de Macedonia hubiera avasallado á los griegos.* La elocuencia de este grande orador fué la mas enérgica y vigorosa, la mas poderosa y eficaz que jamas se ha conocido. Los mas juiciosos y sabios críticos, antiguos y modernos, Dionisio de Halicarnaso y Longino, Ciceron y Quintiliano, Fenelon y Laménais, como á porfia le han tributado las mayores alabanzas.

Demóstenes parece que sale fuera de sí, y que no vé mas que la patria, dice el ilustre arzobispo de Cambrai; es un torrente que todo lo arrastra; no le podemos juzgar, porque estamos sobrecogidos; pensamos en las cosas que dice, no es sus palabras; le perdemos de vista, no nos ocupamos mas que de Filipo que todo lo invade. Tal era el enemigo contra quien éste político astuto y afortunado general tenia que combatir.

Otros oradores coechados por Filipo, favorecian vilmente los designios de este ambicioso príncipe. Habíase apoderado de Elatea, ciudad de la Fócida, cuya posesion le abria las puertas del Atica, y los atenienses se veian en el conflicto ó de sufrir la invasion, ó de aliarse para resistirla con los tebanos, sus antiguos enemigos. El dia que llegó á Atenas la noticia de la rendicion de Elatea, hubo mucha agitacion en los ánimos. Al despertar el alba se reunió el senado, y despues de haber deliberado sobre este suceso se trasladó á la plaza pública para comunicar tan infausta noticia á los ciudadanos allí reunidos, y llenos de ansiedad y de rezelos. Entonces el heraldo pregunta si hay alguno que quiera tomar la palabra; todos se callan; ninguno de los generales, ninguno de los oradores que estaban presentes se atrevió á responder dignamente á la voz de la patria, proponiendo una medida salvadora en tan criticas circunstancias. Para

hablar á favor de la república no bastaba en aquellos momentos desear sinceramente su salvacion, no bastaba el ascendiente de la riqueza, ni el prestigio y los recursos del talento: los sucesos requerian para aconsejar con acierto á los atenienses, no solo un buen ciudadano, un orador elocuente, un hombre opulento, sino una persona que conociese á fondo el carácter, la politica y los pérfidos designios de Filipo. Esta persona fué Demósthènes. Sale á la palestra con lealtad, con valentia; habla, expone las miras de Filipo y las medidas que en su concepto debian tomarse para frustrar las culpables esperanzas de aquel príncipe, y todos le oyeron y nadie le contradijo y sus palabras fueron acogidas con aplauso (1). Inaccesible al soberano lo mismo que á un vergonzoso temor, y viendo la indolencia de sus frívolos y noveleros conciudadanos, tan degenerados de los héroes de Maraton, de Salamina y de Platea, les dirige la palabra en varias ocasiones, exponiendo franca y sencillamente su parecer, los convence, repréndeles su inaccion, los excita, y poniendo en juego sus pasiones, los determina á que arriesguen la libertad de toda la Grecia en una sola batalla. Persuade igualmente á otras muchas ciudades á unirse con Atenas, y recorriendo en persona gran parte de aquellas comarcas, subleva contra la Ma-

(1) Demósthènes, pro corona.

cedonia los pueblos mas poderosos. ¿ Con cuánta razon no decia Filipo que le temia mas á él solo que á todos los griegos reunidos?

Despues de la desgraciada batalla de Queronea, los atenienses mandaron á propuesta de Demósthene reparar las murallas de la ciudad; y habiéndole confiado á él mismo la ejecucion, se portó con tanta generosidad que anticipó de su propio caudal una suma considerable para la obra. Con este motivo Ctesifon propuso y el pueblo decretó que se le concediese una corona de oro, celebrándose la ceremonia en el teatro, en la época de las fiestas de Baco, en la que todos los griegos solian reunirse en Atenas. El único orador que se opuso fué su émulo y enemigo personal, el célebre Esquines, que dotado de talento, con buena entonacion y con un estilo florido se hacia escuchar de los atenienses. En unabien compuesta arenga procuró pintar á Demósthene como el autor de todos los desastres ocurridos, concluyendo este célebre debate á los diez años con una de las mas felices oraciones que ha podido producir el génio de la elocuencia. Esquines vencido fué desterrado á la isla de Rodas, donde se dedicó á la enseñanza de la elocuencia; y leyendo allí á sus discipulos estas famosas arengas, causa de su desgracia, elogiaron mucho la suya, pero al oir la de Demósthene le interumpieron con unánimes aplausos, hacién-

dole exclamar con entusiasmo: *pues qué sería si hubierais oído rugir al monstruo?*

Demóstenes bastaría para darnos una exacta idea de la verdadera elocuencia; pero la república de Roma ofrecía también un vasto campo al ejercicio de la oratoria, y también allí se aprovechó el genio de tan favorables circunstancias. Ciceron conjetura que los triunfos alcanzados por L. Brutro, M. y L. Valerio, Appio Claudio, M. Curio y otros insignes romanos, no pudieron lograrse sin el influjo de la elocuencia. Los elogios que el mismo tributa á Caton el antiguo, y la idea que nos da de Lelio, Galba, Antonio, Craso, Escévola, Sulpicio, Cotta y Hortensio, excitan nuestra admiración en favor de estos célebres oradores. Mas entre todos ellos descuella el mismo Ciceron, príncipe de los oradores romanos y personificación de la elocuencia; y para colmar mi intento bastará detenernos á contemplar esta gigantesca figura que llena todo el cuadro.

Para hacer el elogio de Ciceron se necesitaria, segun T. Livio, otro Ciceron. Ya se le considere como ciudadano ó como magistrado, como orador ó como filósofo, es siempre eminente y siempre la honra de su siglo. Quintiliano al hacer el cotejo de la literatura romana con la griega, no duda en contraponerle como orador á cualquiera de los griegos. De él dice que habiéndose entregado á la

imitacion de estos llegó á apropiarse las cualidades en que los mejores sobresalieron, la energia de Demóstheneſ, la abundancia de Platon, y la dulzura de Isócrates. Sus contemporáneos le próclamaron rey del foro, y la posteridad hizo su nombre sinónimo del de elocuencia (1). Los mejores criticos han dividido su admiracion entre él y Demóstheneſ, dando muchos la preferencia al génio universal de Ciceron, que dominaba en el foro, al senado y al pueblo.

Convencido como Demóstheneſ de la importancia del estudio, no se presentó en el foro hasta la edad de veinte y seis años. Entonces defendió á Roscio de Amelia. Un liberto de Sila le habia acusado de parricidio. Ninguno de los afamados oradores de aquel tiempo se atrevió á tomar la palabra contra un partidario del terrible dictador; pero Ciceron dió una prueba de valor defendiendo á Roscio con una elocuencia que triunfó de todos los obstáculos y obligó á los jueces á absolverle, aplaudiéndole la multitud con entusiasmo al ver tan maravilloso resultado. Tampoco le faltó valor para acusar al devastador de la Sicilia, C. Verres. Ciceron habia sido cüestor en esta provincia, dejando en ella tan honrosos recuerdos de su moderacion y justicia que los sicilianos, vejados por las injustas exacciones de Verres, acudieron

(1) Quintil. x. 1.

á él para la defensa de sus intereses. Ciceron se encargó de la acusacion, no obstante el valimiento del acusado, sostenido por el partido de la nobleza, los Escipiones y los Metelos, y publicó la conducta de aquel inicuo pretor en una serie de memorias tan enérgicas y vehementes, que su defensor el ilustre Hortensio inclinó la cabeza ante aquella aterradora elocuencia, y Verres salió desterrado, quedando sus bienes confiscados en favor de los sicilianos. Este triunfo le dió tanto crédito y popularidad, que ya le fueron fáciles los ascensos en la carrera de los honores.

La oracion contra la ley agraria, propuesta por el tribuno Rulo, es uno de los mejores monumentos de la elocuencia popular. César habia hecho proponer la ley por medio de este magistrado, y Ciceron la combatió en el senado con tal energía, que, ninguno de sus zelosos partidarios se atrevió á hacer la defensa. Los tribunos le citaron ante el pueblo, y al comparecer habló tan elocuentemente, que, á pesar de la popularidad de la ley, fué desechada por el pueblo. En otra ocasion dispuso que los caballeros, cuyo orden queria ensalzar, tuviesen en el teatro asiento distinguido. El pueblo se amotinó por esto, pero él acudió y arengó á la multitud en el templo de Belona, cambiando de tal suerte sus sentimientos, que llegó á aplaudir lo que antes habia repugnado.

Pero los discursos mas célebres del orador romano fueron las cuatro catilinarias con que logró salvar la república de la sentina de malvados que conspiraban contra ella. Por la primera, pronunciada en pleno senado delante del mismo Catilina, descubrió la trama de los conjurados y obligó á salir de Roma á su jefe.

No pasaré en silencio la arenga compuesta para defender á Milon, acusado de haber muerto á Clodio; porque si intimidado Ciceron no se atrevió á pronunciarla, pasa por la obra maestra de sus discursos forenses. Por último las catorce oraciones dirigidas contra su enemigo M. Antonio, oraciones que tan terrible fin dieron á sus dias, le honran como orador y como ciudadano amante de su patria, y fueron el último grito de la elocuencia de Ciceron, de la elocuencia de Roma libre y de la elocuencia clásica de la antigüedad.

Si hubiese entrado en mi designio recordaros tambien las maravillas obradas por la palabra que anunció á los hombres *la buena nueva*, enseñándoles unas verdades superiores á la filosofía de Sócrates y de Platon, ya conoceréis cuanto deberia detenerme en hacer los debidos elogios de los Tertulianos, Ciprianos, Crisóstomos, Ambrosios, Agustinos, y tantos otros ilustres campeones del cristianismo. ¿Ni qué triunfos mas prodigiosos que

los alcanzados por los mismos discípulos del crucificado, que acometiendo la empresa mas árdua y mas gigantesca que pudiera haberse imaginado, lograron con la elocuencia de sus virtudes y el fervor de su palabra mudar las ideas, las costumbres y las instituciones religiosas de los pueblos mas cultos de la tierra? ¿Cuál era el secreto de esta elocuencia destinada á cambiar la faz del mundo?

Estudiadlo, jóvenes, en las homilias de los santos padres; estudiadlo en los sermones de Bourdaloue, Bossuet, Massillon y Señeri; estudiadlo en las conferencias de Frayssinous y de Lacordaire. Aunque no sigais la carrera del sacerdocio y de la predicacion, no desdeñeis juntar este estudio con el de los modelos de la antigüedad clásica; que la elocuencia siempre es una, aunque varíe de formas con el asunto, la época ó el idioma. Estudiad tambien los monumentos mas insignes de la elocuencia moderna, de los que harta copia os suministran el foro y la tribuna de nuestra patria y del extranjero; pero estudiad sobre todo á Demósthènes y á Ciceron. Imitadles en sus estudios, en su método, en sus tareas. Vosotros, los que estais dotados de las altas prerogativas de un talento á propósito para la elocuencia oratoria, no las desperdiciéis por falta de estudio y de buena direccion: objeto en que emplearlas os ofrecerán los males de que adolecen las sociedades modernas, y á ello os brindan las actuales

instituciones. No os fieis únicamente en la excelencia de vuestras dotes; Demóstenes y Cicerón no hubieran con ellas solas aventajado á sus contemporáneos, ni adquirido un nombre imperecedero. Bien sabidos son los trabajos, vigiliass y precauciones que desde los diez y siete años empleó el temible adversario de Filipo para enmendar los defectos de su voz y de su pronunciaciion y para adquirir aquel vigoroso estilo y habituarse á unos ademanes propios para dominar á la multitud; y no lo son menos sus continuos estudios y su prolijo esmero en la composicion de sus admirables arengas. Leed tambien la vida de Cicerón, y conoceréis, al propio tiempo que la importancia de este insigne personage, quanto le valieron sus tempranos y bien dirigidos estudios, sus viages y la experiencia de su vida pública para grangearse la mas honrosa y mas bien merecida reputacion. Estudiad cuidadosamente sus obras retóricas, y cobrareis entusiasmo por el arte. El gran Quintiliano os asegura que dareis una muestra de aprovechamiento con solo que os guste mucho Cicerón. Y vosotros, los que no os reconozcais adornados de tan excelsas prendas, no por eso dejéis de hacer iguales estudios, y de seguir con empeño el mismo método; que en este asunto hay puestos muy honrosos para la apreciable medianía. Aprovechaos unos y otros de la munificencia de nuestra soberana y de su ilustrado

gobierno, que á las puertas de vuestra casa y sin que necesiteis, cual otro Ciceron, viajar á Rodas y á Atenas, os suministra los recursos de la ciencia y del arte. Corresponde á su maternal solicitud por vuestro porvenir que es el de la patria, la cual será algun dia administrada por vosotros; corresponde á su zelo por la perfeccion de la ley de instruccion pública, tantas veces sometida al exámen de los hombres mas ilustrados del pais y á las lecciones de la experiencia; corresponde á su afan y desvelos para proporcionaros los medios que mas os faciliten la adquisicion de los conocimientos, enriqueciendo las bibliotecas, gabinetes y laboratorios, y ennobleciendo mas cada dia la honrosa carrera del profesorado público. Contad con los esfuerzos de vuestros sabios maestros y del zeloso gefe de esta escuela, y mostraos dóciles á su direccion y entusiastas por el estudio. Colmad asi las esperanzas de vuestros padres y nuestros deseos y los del gobierno, y lograreis para vosotros mismos, para vuestras familias y para vuestra patria la honra y prez que van siempre anejos al saber y á las virtudes.

Conspiremos tambien nosotros á tan grande y tan noble fin; el jóven y el anciano, el jurista y el filósofo, el médico y el literato, que de todos es la tarea. Un gran deber tenemos que llenar para con la patria y para con

:

nuestra escuela: no es que no hayamos tenido grandes oradores en todos los géneros, pues que en este punto la patria de los venerables Avila y Granada, de los ilustres Melendez y Jovellanos y de los esclarecidos Toreno y Argüelles no tiene que envidiar ajenas glorias; es que no podemos presentar el gran número de obras maestras, que envanecen á otras naciones, en el púlpito y en el foro, en la academia y en la tribuna.

De dicho.